

GALERÍA

LA LITERATURA ES SIEMPRE UNA EXPEDICIÓN A LA VERDAD

Gaceta Nº 138 - Septiembre de 2012

¡¡HOLA!!

Encantados de estar de nuevo con ustedes, y pedimos disculpas por el retraso, debido a problemas de salud



30 de septiembre
FELIZ DÍA DEL TRADUCTOR

El Día del Traductor coincide con el día de San Jerónimo, considerado por muchos como el primer traductor y el patrono de los traductores. San Jerónimo tradujo la Biblia al latín, allá por 383 d.C., la llamada "Vulgata" (probablemente porque el latín era la lengua del pueblo, y hasta entonces la Biblia solamente se encontraba disponible para quienes conocían el griego y el hebreo); además, hizo toda una defensa de su traducción en la época, con un documento que hoy se considera el primer tratado de traductología.

La Embajadora, Ana María Menéndez Pérez, recogió el Diploma del Ganador en modalidad Poesía, **José Antonio Fernández Sánchez**, leyendo su discurso y una parte del poema premiado "**Brooklyn**". Begoña Peris, Presidenta del Club del Libro, leyó el agradecimiento enviado por el finalista, **Rafael Cerrejón Jiménez**, y dos fragmentos de los poemas que componen la obra galardonada, "**Las flores que se llevó el viento**".

Esperanza Cruz Aruñón, miembro del jurado, leyó el discurso enviado por el premiado con la Mención Honorífica, **Jaime Jesús Monescillo Díaz**, y un fragmento del poema galardonado, "**Pasaje de Sombra**".

Reseña de la Ceremonia Premio Platero 2012

La Ceremonia de entrega de los Premios Platero 2012, que convoca anualmente el Club del Libro en Español de las Naciones Unidas, tuvo lugar el miércoles 12 de septiembre, en la Sala VIII del Palacio de las Naciones en Ginebra.

Ana María Menéndez Pérez, Representante Permanente, Embajadora de la Misión Permanente de España ante las Naciones Unidas y los Organismos Internacionales fue la encargada de abrir el acto. A continuación, Begoña Peris, Presidenta del Club del Libro, pronunció unas palabras de agradecimiento cediendo la palabra a la Coordinadora del Premio Platero, Purificación López Colín, quien hizo un resumen de lo que ha sido el premio durante esta convocatoria 2012 en la que se han recibido 1260 obras originales, procedentes de 18 países, y procedió a la entrega de los Premios.

El portavoz del jurado, Antonio Lara Pozuelo, en su intervención habló del trabajo realizado por el jurado y de los criterios que les habían llevado a elegir las obras ganadoras.

Durante el acto se procedió a la lectura de diversos fragmentos de las obras premiadas. El fragmento del **Cuento Ganador**, "**El viaje que no se dio**", fue leído por su autor, **Gabriel González Núñez**, quien pronunció también unas palabras de agradecimiento. El fragmento del cuento finalista, "**(Rei)Vindicatio**" y las palabras enviadas por su autor, **Álvaro Domínguez**, fueron leídos por la escritora y periodista mexicana Kyra Núñez. Genara Roviralta, miembro del Club del Libro leyó las palabras del escritor **Hemil García Linares**, ganador de la Mención Honorífica y un fragmento de la obra galardonada, "**Un escritorzuelo cualquiera**".

Club del Libro en Español - Palacio de las Naciones, Oficina E-1026, primer piso, puerta 40; ☎ 022 917-4839

Sitio web: www.clubdellibro.org - Correo electrónico: clublibro@hotmail.com

El viaje que no se dio

Gabriel González Núñez (Uruguay)

(Premio categoría Cuento)

Me topé con mi amigo en una calurosa tarde de febrero. Lo vi sentado en el cordón de la vereda, con la mirada perdida y fumando un cigarro. Lo saludé y me devolvió el saludo sin mirarme, llevándose el cigarro deliberadamente a la boca. Nunca había visto a mi amigo sentado de esa manera, ojeroso y con la cara demacrada. Me le acerqué. Le dio una pitada más al cigarro, y sin decir nada, soltó el humo.

Me preocupó su actitud distante como el horizonte huidizo, así que me senté a su lado. Nos quedamos un par de minutos en silencio, mirando pasar los autos perdidos. Al final le dije:

—¿Qué pasa flaco? Estás como ido.

Me miró a los ojos, clavándome una mirada profunda como las fauces del abismo, y con una sonrisa forzada me empezó a hablar:

—¿Vos sabías que mi viejo construyó un boeing en el garaje de la casa? No creo porque nadie lo supiera.

Por eso teníamos tremendo garaje, del tamaño de un hangar, en el fondo. Y como vivíamos en las afueras a nadie se le ocurrió preguntar que para qué teníamos un hangar donde cualquier otra familia hubiera tenido una parra. Ni tampoco nadie nos preguntó nunca para qué era la pista de tierra que salía del garaje tan enorme y se perdía en el campo. Nadie nos preguntó porque a nadie le interesó, y no te miento, yo nunca lo comenté porque me daba un poquito de vergüenza. Yo que sé, no fue por malo, fue por falta de fe en mi viejo, nada más.

Creo que la única persona que le creyó fue mi vieja. Ella sí, siempre alentándolo y dándole al lado d él. Ella lo ayudó a construir el avión, claro que a su manera. Yo creo que por eso se enamoraron, eran los dos soñadores y les encantaba todo eso de volar y los pájaros y los aviones y qué sé yo cuanta cosa más. Vos fijate que cuando eran novios se tomaban el ómnibus por allá por Bulevar Artigas y agarraban pa Lezica. Se iban hasta la Aviación Civil y se les pasaban las horas tomando mate y esperando que aterrizara o despegara algún avión. Me comentaron que les parecía increíble ver como despegaban los aviones. No sé, pero no me extrañaría que la idea de hacer un avión haya nacido ahí, en esas tardes de enamorados mirando avionetas elevarse por el aire. Lo que pasa es que el viejo siempre fue un soñador, claro que él se creía visionario. Yo al principio, cuando un día llegó del trabajo y dijo “Estoy podrido de la oficina, así que voy a hacer el avión”, pensé que era un genio, a lo mejor un genio de esos frustrados, porque se tomaba el ómnibus todas las mañanas hasta el centro, se pasaba todo el día en la oficina haciendo cuentas, pasando a máquina los apuntes del jefe y de vez en cuando hasta lo mandaban a comprar una pizza con morrón, pero después volvía a casa y se metía en el garaje. Lo primero que hizo fue agrandarlo. Me llevé flor de sorpresa cuando llegué de la escuela un día y ya no teníamos garaje.

Pensé que iban a poner una parra, pero no, en vez se dedicaron entre papá y mamá a construir una caja de cemento como diez veces más grande que la casa. Mama me explicó que era para meter el avión y como yo era chiquilín pensé, qué bien, papá y mamá son reinteligentes. Así que, bueno, todo lo que no pudo lograr papá en el trabajo, él lo realizaba en garaje. Cada vez que tenía vacaciones se metía en el hangar y no salía, ni dormía; comía sólo cuando mamá le llevaba algo, y no estaba para nada ni nadie. Me acuerdo que se lo comenté a mis amigos y se mataron de la risa. Así que de repente empecé a desconfiar un poquito de todos los planos que papá tenía tirados por toda la casa, y cuando vi que a veces no había ni pa comer pero que llegaban tremendos pedazos de fierro y clavos y cables, bueno, empecé a sospechar que algo no cuadraba.

Además ya era adolescente y vos viste como se ponen a veces los adolescentes. En fin, una noche como a las once yo escuchaba un ruido ensordecedor que salía del garaje, un ruido como a metal y alguna cosa rara, como martillazos, qué sé yo, y se me ocurrió que papá pecaba de ingenuo, que era imposible construir un avión, que éramos demasiado pobres y demasiado cotidianos como para elevarnos por los cielos. Estuve madurando la idea por mucho tiempo, hasta que el día que cumplí los diecisiete años dije, ta, hoy le digo que se deje de tonterías y que si quiere volar que no sea tacaño, que venda la chatarra y se compre un pasaje a Buenos Aires o a Santiago mejor. Pero cuando llego a la casa papá me sale con que el avión va a volar a la velocidad de la luz. Faaa, no sabés como quedé. Empecé a considerar que lo del viejo era

locura pura y el drama era que mamá lo apoyaba. Capaz que la vieja también está medio tocada, pensaba yo, pero no me animé a decirles nada porque los veía tan metidos en todo eso que, bué, no quise quitarles la ilusión. No me voy a olvidar más del día que el avión quedó terminado. Yo ni sabía que había algo ahí en el hangar. Oía el ruido y veía la luz prendida toda la noche, pero como el asunto me parecía cosa pa giles ni se me ocurrió meter la cabeza por la puerta. Claro que todo eso cambió el día que yo estaba viendo la tele, jugaba la selección contra Colombia por la Copa América, y mi viejo todo sudado se aparece por la puerta del garaje y dice: “Está listo, ¿quierés verlo?”. Yo pensé que me estaba tomando el pelo, así que me reí y seguí viendo el partido. Me volvió a preguntar y pensé, ufa con este loco, pero por llevarle la corriente lo seguí.

Casi me caigo de espaldas cuando entro al hangar. Estaba ahí: un boeing hecho de pura chatarra, latón viejo y remaches de autos chocados, pero estaba, y era un avión. Tenía forma de avión, tamaño de avión, todo de avión. Yo no supe qué decir. Lo felicité y le di un abrazo. “Gracias”, me dijo con la voz partida. Me invitó a subir. Para subirse había que usar una escalera común y corriente que estaba arriba de un tablado bastante alto. La verdad que me dio hasta emoción subir. Adentro estaba mamá, con los ojos que le brillaban de alegría. Abrazó a papá mientras me miraban pasear por el interior del avión. Yo no sé cómo serán los boeings de verdad, pero éste por dentro parecía como lo que supongo que será un chalé de Punta del Este. Tenía comedor, living, dos dormitorios, baño y cocina. Además los muebles eran todos fenomenales. Yo creo que hasta eran importados. Ni cuenta te dabas que no estabas en una casa; bueno, miento, te dabas cuenta ya que parecía que estabas adentro de un chorizo porque era todo a lo largo, pero aún así no se notaba mucho. Fijate que hasta ventanas tenía, claro que eran ventanas para mirar hacia adelante, no hacia los costados. De frente a las ventanas había dos sillones rojos enchufados a un montón de cables que salían del piso. Los viejos me explicaron que esas ventanas y esos sillones eran la cabina de control, que el piloto y el copiloto se sentaban en los sillones y se ataban los cables a la cabeza. Me pareció medio raro, pero me explicaron que el avión no necesitaba nafta, que era la fuerza de voluntad de las personas que lo piloteaba. De nuevo pensé que se les había soltado un tornillo, pero no se dieron cuenta porque porfiaban que papá era medio genio y había diseñado un motor que convertía la voluntad en combustible. Papá me invitó a sentarme en uno de los sillones. Se sentó él en el de la derecha y después me senté yo en el de la izquierda. Mamá nos ató los cables a la cabeza y vi con asombro cómo se levantaba sola la puerta del hangar. Me explicaron que fue a base de fuerza de voluntad, de la del viejo a decir verdad, porque yo ni sabía que se podía hacer eso y cuando miro para enfrente veo que había una pista de tierra saliendo del hangar. ¿Vos podés creer que hacía tres años que la habían hecho y yo ni sabía? ¡Atrás de mi propia casa y yo ni sabía! Bueno, el caso es que me concentré en carretear y de repente el boeing se empezó a mover. Se movía cada vez más y en eso mi viejo grita, “Pensá en el despegue”, y, ¡zás!, nos levantamos en el aire. Fue una cosa espectacular. Si vieras qué lindas se ven las montañas del Ecuador y qué desolación más triste la de Alaska.

Nunca me voy a olvidar de ese día. Te cuento que ni me enteré de como salió el partido. Por ahí escuché que nos metieron cuatro, pero no me importó; estaba chocho con lo del avión. Ahora, una cosa era darse una vueltita por América y otra cosa era volar a la velocidad de la luz. Al principio no tuve duda que era posible, difícil, sí, pero posible. Te digo que fui yo el que le insistió al viejo que probáramos volar a la velocidad de la luz. Me dijo que todavía estaba haciendo cálculos. Así que un buen día, después de cenarnos unos riquísimos tallarines, mamá agarra y dice, “Esto es para festejar el vuelo de mañana”. Papá me explicó un par de cosas: que una vez que se llega a la velocidad de la luz es imposible darse vuelta, que se sigue a través del espacio por siempre hacia adelante y que jamás se puede volver atrás. Así que como estábamos destinados a una eternidad sin fin de ver el espacio sideral y conocer todos los rincones del universo, me sugirió que me fuera a despedir de todo el mundo esa noche. Pero yo, ¿de quién me iba a despedir? Si yo no le había dicho de esto a nadie. Si les decía a ustedes me iban a tratar de loco. Fijate que por el asunto este hasta la familia dejó de visitarnos. Se calentaron con mi viejo cuando él dejó el laburo para dedicarse de llano al proyecto. Vivíamos de lo que ganaba mamá de nurse en el Hospital de Clínicas, que no era mucho. Y cuando papá les explicó por qué había dejado el trabajo y cuál era el proyecto, se armó la grande. Nunca más nos hablaron. Así que yo me quedé calladito. No te miento, a pesar de que ahora sí creía en el proyecto igual me daba vergüenza. Todo el mundo tiene familias normales así que yo no decía nada. En fin, intentamos varias veces y siempre fracasamos. Probamos, siempre conmigo de copiloto y papá de piloto, pero no lográbamos romper órbita y ni hablar de llegar a la velocidad de la luz.

Así pasaron los años, papá siempre haciendo cambios en el avión y nosotros intentando. Mamá nos alentaba y decía: "Ustedes pueden, ustedes pueden". Pero yo empecé a dudar otra vez. Sobre todo porque en clase de física en la facultad me explicaron bien claro que es imposible llegar a la velocidad de la luz. Además, no es por nada, pero el asunto ya me aburría. Empecé a dejar a mis viejos plantados para los vuelos porque prefería irme con alguna mina o con ustedes a pasar el rato, y sobre todo en época de carnaval. Hace un par de noches me dijeron que en dos días, o sea ayer, íbamos a intentar de nuevo, pero que ahora iba a ser diferente porque mamá se iba a sentar en el sillón del piloto y papá en el del copiloto, lo cual nunca habíamos probado antes. No les di mucha corte, total ya casi nunca iba yo a los vuelos. Lo que pasó es que anoche fui con una amiga de la facultad al desfile de carnaval. Se me olvidó por completo que había quedado en acompañarlos en el nuevo intento. Y, aunque no lo creas, estaba abrazado de la flaca después del desfile, y al mirar para arriba, ¿qué veo? Algo, como una estrella fugaz, pero elevándose y desapareciendo en el cielo. Se me paró el corazón. Dejé a la flaca sola y me fui corriendo pa la casa. Me metí a toda prisa en el hangar. Vi que la puerta que daba a la pista estaba abierta. Había olor a cables quemados. Sobre la pista se notaba una estela negra... Loco, se fueron.

Mi amigo dejó caer el cigarro a la calle y lo pisó en silencio. Los dos nos quedamos callados, contemplando las implicaciones del relato. Pensé en las posibilidades que le quedaban a mi amigo, y llegué a la alentadora conclusión que si sus padres habían logrado tan espectacular hazaña, mi amigo podría valerse de sus diseños y planos para reconstruir el avión de ensueño.

Hice cálculos mentales y resolví que con una colecta podríamos juntar el capital necesario para comprar las piezas. También razoné que entre todos podríamos construir otro avión. Llegué a la conclusión lógica de que todos podríamos subirnos y viajar por el cosmos en busca de los padres de mi amigo. Sería esa nuestra consigna eterna, nuestro llamado seguro. Me pareció tan impecable, tan pura y tan certera mi lógica que entusiasmado le expliqué a mi amigo mi plan de ataque.

Él se llevó la mano izquierda a las sienes y me dijo con los ojos cerrados:

—No, flaco, no. No me entendiste. Si meto la mano yo, el avión nunca va a lograr la velocidad de la luz.■

ΩΩΩ ΩΩΩ ΩΩΩ ΩΩΩ ΩΩΩ



"Comienza tu día con una sonrisa y verás lo divertido que es ir por ahí desentonando con todo el mundo"

"¿Por dónde hay que empujar este país para llevarlo adelante?"